

Cosmogénesis

Alejandro Vázquez Ortiz

Defecar es la parodia del alumbramiento.

Quien no tolera la visión de su propia mierda revela el profundo desprecio que siente por sus propios hijos. Las llamadas perversiones coprofílicas no son sino el amor exacerbado por la vida. El esclavismo de los blancos hacia los negros y los indios obedece al terrible terror que sienten al ver un parto; desean cortar, de una vez por todas, el cordón umbilical que les une a la proximidad anal de la madre. Encadenando a los negros (mojones) pretenden liberarse del nido intestinal del que, necesariamente, salió todo lo que hay en la tierra.

No es sorprendente que las relaciones entre los hombres de color (indígenas, mestizos y negros) sean más amistosas y sensiblemente más directas con la mierda: los protestantes se lavan las manos después de cometer un crimen, ejecutar a alguien o defecar. Aunque hayan sido los chinos los que inventaron el retrete, no puede caber duda alguna que fueron los europeos quienes universalizaron, junto con los valores burgueses, su uso vulgarizado.

El escusado no es una medida de higiene pública, sino una medida política. Habría formas más eficientes de deshacernos de los desperdicios, si de eso se tratase. Cuando Freud nos enseñó lo paródico del duelo, temimos como cobardes, contemplarnos a nosotros mismos como salvajes que tributan mierda a Dios. Por tanto silenciamos toda la festiva ceremonia del cague y lo redujimos a una mera actividad fisiológica. Semejante barbarie sólo pudo ser engendrada desde el más corrompido y protestante sentido de lo higiénico de un alemán: es decir, desde el concepto protestante del capitalismo.

Todo acto humano¹, no es más que la forma pasiva de la multiplicidad natural con la que el hombre, muy a su pesar, ha de convivir; y que toda acción humana, sobre todo en el capitalismo y en la sociedad de bienestar, sólo puede tener su forma en el trabajo y el respectivo consumo de su remuneración.

Bajo esta falsa concepción, cagar sólo puede significar un estorbo, un error, una pequeña región oscura que Dios nos da para recordarnos que somos mortales y tenemos que morir para dejar de expulsar mierda de nuestras entrañas. Más claro: que éste error es el que nos hace considerar que defecar no puede ser un ritual, una celebración, un esparcimiento; sino una pausa involuntaria en la cadena de producción. Lo mismo para con el dormir y el tirarse pedos.

La culminación de esta medida es, por supuesto, el baño moderno. Siempre privado e higiénico. Se ha convertido en la medida política por excelencia al deshacerse de lo indeseable de maneras higiénicas y nada comprometedoras. El sentimiento que tiene uno al tirar de la cadena es exactamente igual del que tuvieron los nazis al pulsar los botones de las cámaras de gas en donde desaparecieron millones de judíos.

Tampoco es coincidencia que ese lugar sea el lugar de las confidencias. Espacio y región más privada, es por necesidad la más pública y expuesta a nuestros invitados. Es el lugar en donde más cruelmente se ciñe el juicio social. Observar el baño de alguien es observarle a él en su más oscura desnudez: desnudez política y axiológica en donde cada uno de los hongos que crecen entre las baldosas, cada centímetro de la costra del tubo dentífrico, cada añejo olor que se escapa por un lugar irreparable, cada goteo y cada manchita de sarro, reflejan el quehacer más íntimo y privado de los sujetos.

¹ Retomando esa añeja división que nos da la ética, entre acto humano y acción, que dice que el primero sea involuntario –dormir, tener hambre, orinar-, y el segundo elegido –escribir un poema, trabajar, elegir una camisa deportiva-.)

Sin el escusado no podría existir el capitalismo moderno. Sin el escusado no podría existir el horror que encarnan las ciudades en donde los hombres se lanzan a la producción en serie de lo que, paradójicamente, se empeñan en llamar identidad.

Una auténtica revolución tiene que contemplar, más allá de la transformación de las maneras en que la sexualidad opera en la sociedad (esencialmente como un intercambio económico), debe sobretodo revolucionar las maneras de cagar. El defecar debe retomar la forma de gran ritual cosmogónico al que siempre nos ha remitido irremediabilmente.

El terrible error que cometieron los humanos fue dar cuenta de la concepción. Hemos incurrido en el error de creer que podemos manejar un conocimiento tal que nos muestre un proceso técnico de la elaboración de seres humanos. Este conocimiento técnico no es otro que la fe que se tiene en que el semen + óvulo = ser humano.

Homero² nos explica bastante bien la fascinación de los hombres antiguos por la reproducción de los potros:

tres mil de yeguada pastaban por suyo en los marismales,
hembras, luciendo con sus retozones potros donarie;
que de elas, mientras pacían, Cierzo³ fue a enamorarse,
y las montó, asemejando a caballo balvicrinante,
allá entre la muelle pradera y las flores primaverales,
y ellas, preñadas, vinieron potrillos doce a criarle; [...]

Aunque, ciertamente no revela un total desconocimiento de la concepción biológica de los seres naturales, la idea de que es el viento (tomando forma de caballo) el que fertiliza a las yeguas revela lo que ya se intuía en los fragmentos que nos quedan

² *Il. XX*, 221-225.

³ Viento del Norte.

del mito pliesago de la creación⁴ (antes de las cosmogonías hesiódicas y la religión olímpica): narra la cópula de Eurínome con la gran serpiente, Oifón; que aparece cuando la gran diosa simplemente frota las manos después de atrapar al viento del norte.

Si se cree en las teorías de un gran matriarcado previo al neolítico⁵, en donde las mujeres, dueñas del aparato de reproducción humana (y los hombres carentes del conocimiento técnico de la procreación) dominaban la tierra. Por alguna razón la primera idea que se les vino a las mentes a los hombres es que, simplemente por poner el culo cara al norte era como se fecundaban las hembras. Es decir, que el parto no es sino una acción simbólica del destino divino del ser humano. ¿Cómo un hombre podía engendrar a otro? Esa tarea debía ser únicamente de un dios.

Nunca habrá peor descubrimiento que el notar que es el esperma depositado en la vagina el que permite el alumbramiento. Es, sin duda, la primera revolución económica sexual, aún antes que el matrimonio o que la liberalización femenina, y que sustentó y sustenta las bases del patriarcado, la geometría y el capitalismo; y perfila la humanidad, después de cientos de miles de años de las eras doradas carentes de civilización, al camino que nos lleva a la Historia y finalmente al capitalismo actual. En ese sentido, la Historia no es más que el vaivén del juego lógico que se impuso en el momento en que el hombre descubrió que por medio de la sexualidad, y no por la intervención divina, se pueden reproducir los hombres. En otras palabras, grotescamente se puede decir que la Historia es la puesta por escrito de un gran Libro de Cuentas del intercambio de mujeres, reducidas éstas al aparato reproductor y su lógica, simple y eficiente.

⁴ Sólo algunos fragmentos quedan de este mito: *cfr.* Apolunio de Rodas, *Las agronáuticas*, 469-505; y Tzetzes, *Sobre Licofrón*, 1191.

⁵ Aunque francamente esto del 'matriarcado' me suena a cuento chino y la única diferencia que podría haber de verdad es que la historia se resistiese a ser escrita, es decir que mientras el poder masculino no se hubiese establecido no podría haber ningún 'poder' femenino, esas son fantasías demasiado modernas propias de las amazonas sufragistas del romanticismo a la fecha.

Hoy día, con la adopción del aborto como medida higiénica en la mayoría de los países occidentales (de primer mundo y poco a poco, también en los subdesarrollados) es la medida política para sanear los medios de producción sexual en la gente menos capacitada para integrar la mano de obra dentro del sistema capitalista. Cuando se pide aborto gratis para todos, desafortunadamente, se está pidiendo el corte de cuajo de la reproducción, no de seres humanos, sino de mano de obra desocupada.

Algo semejante a este descubrimiento tuvo que haber ocurrido con el acto de defecar. Cuando los hombres descubrieron que no era sino el acto residual de la ingestión de alimentos (acto que aún sigue siendo ritual en todas las sociedades), la mierda entró a formar parte del complejo código cultural. Defecar se volvió el tiempo muerto que ha de esconderse, sumergirse e higienizarse en la medida de lo posible.

Esto fue lo que provocó el sentimiento que hoy tenemos hacia la mierda, asco moral que tomamos por lo más natural del mundo, no es sino la enseñanza pútrida y corrompida de una lógica económica.

Y aunque en el fondo, para la mayoría de los mortales nos sigue pareciendo un misterio, como es que algo que entra por nuestra boca de forma tan apetitosa, puede llegar a salir de forma tan repugnante, abyecta y apestosa por nuestro ano. La ciencia seguirá desviviéndose por explicarnos todo lo referente a la digestión, hablándonos acerca de tubos, ácidos, de la vellosidad intestinal, de bolos alimenticios, de encimas digestivas; creyendo que en el fondo nosotros no somos sino una máquina que convierte lo divino –el alimento- en algo bajo, inmundo y repugnante –el excremento-.

Esta gran lógica del gobierno de la vida si bien inicia en el momento en que se descubre la intervención de la sexualidad en la reproducción de los hombres, tiene, ciertamente, un segundo momento en el inicio de la modernidad cuando se reestablece todo un descentramiento del poder político y es el sujeto quien lleva la voz cantante de

los procesos políticos. El sujeto y la reconversión de su mirada. Podemos aventurarnos a creer que el principio de relatividad óptica⁶ (introducido en la astronomía copernicana hacia mediados del s. XVI) fue, sin duda, apoyada por las autopsias de cuerpos que comenzaron a realizarse en Génova y Padua, en donde el astrónomo estudió. Mirar dentro del cuerpo, para justamente encontrar el sentido de la vida, es la gran paradoja que se les presentó a los pensadores ortodoxos de la era premoderna. Echarle un vistazo a las tripas, reconvertir la mirada en una mirada, no que mira, sino que ausculta la realidad. La des-ocultación (la pro-ducción) del sistema digestivo ha sido la gran causante de este desasosiego laico, soporífero y dulce sueño de la producción capitalista, que mantiene el orden de la sociedad de consumo.

En el fondo conocer es destruir la parte que mantiene unidas las cosas. El desconocer la periodicidad, violencia y actitud de los volcanes nos hace temerlos, respetarlos, adorarlos, y aunque su disparidad cronológica que requiere centurias para recabar la fuerza suficiente para erupcionar no se puede comparar con la diaria pedorrera y defecaciones; lo que por lo bajo se encuentra es exactamente lo mismo. El ano es la parodia del volcán, tal y como los árboles son la parodia de las erecciones. Y en el desconocimiento de los vulcanólogos, las erupciones de los volcanes siempre tienen más que ver con el destino y las decisiones de los dioses que con una lógica digestiva de la tierra.

Si la mierda surgiera con ese mismo ímpetu secreto que no obedece a la lógica del sentido; y nos asaltase, bajo los efectos del terror y nos lanzase hacia un estado del que no comprendiésemos absolutamente nada... acabaríamos admitiendo que defecar

⁶ Símbolo teórico de la modernidad junto con el *cogito* cartesiano: la mirada que viene desde la tierra y se proyecta sobre el sol y los astros, no es sino una mirada que se mueve, reconvirtiendo la mirada (nuestra mirada) en un sujeto –la tierra- que actúa –se mueve- frente a un objeto –el sol y los astros-.

tiene algo de parecido con las cosechas, los partos, los terremotos, los volcanes, el estiércol de donde germina la vida, floreciendo entre moscas y gusanos.

El triste legado que nos ofrece la sociedad capitalista moderna es el conocimiento de las cosas ya hechas. Naciendo a un mundo que ha sido ya estipulado hace ya miles de años (porque ahora contamos el tiempo y creemos que vamos hacia delante) y la vejez del mundo le hace sentirse sabio, lejano de los locuaces momentos de la juventud en que se permitía hacer poesía de lo más inverosímil, fundando el futuro a base de descubrimientos... fundando el legado sobre el cual crucificar a sus hijos: éste es Saturno devorando a sus hijos con la parsimonia, tranquilidad y seguridad que da el hecho de llevar 2500 años haciéndolo.

Cagar desconociendo a ese legado es el primer paso que nos llevará destruirlo.